

pecados», cuya absolución suplicaba. En tres cartas escritas el mismo día del fallecimiento de Sinzendorf se esforzaba Schaffgotsch por convencer al Papa de su conversión (1).

Benedicto se mantuvo impertérrito en su actitud, pues nada se le ocultaba. A Schaffgotsch y a Federico II los llamaba «las dos columnas sobre las cuales se sostenía el endiablado edificio» de estos asuntos de Silesia. Se temía lo peor (2). Pero estaba dispuesto a oír a Bastiani, a quien él conocía de antes personalmente, y con el fin de no causar perjuicios a la religión en un país de soberanos no católicos, a hacer también todas las concesiones que fueran compatibles con el honor de la Santa Sede (3). Por otra parte, Bastiani tuvo gran tacto para desempeñar su cometido con maestría (4). A pesar de todo tuvo por necesario el Papa hacer una detallada investigación sobre el género de vida de Schaffgotsch (5): éste, por su parte, se prestó gustoso a dar cuenta a cualquier comisario pontificio. De ahí que Benedicto volviera a su antiguo propósito de comisionar al nuncio polaco Archinto con la investigación, la cual no tendría carácter judicial y se referiría exclusivamente a la vida presente de Schaffgotsch, puesto que ya reconocía él las faltas cometidas (6). Entre tanto había dado Federico su aprobación por escrito a las peticiones del cabildo y su conformidad a la misión de Archinto (7). Tras una estancia de dos semanas en Breslau, redactó Archinto, el 5 de febrero de 1748, un extenso y favorable informe sobre los resultados de sus investigaciones. Benedicto comunicó el conte-

(1) Theiner, I, 309 ss. (20 de octubre de 1747).

(2) Heeckeren, I, 362 (1 y 8 de noviembre de 1747). Cf. Theiner, I, 313.

(3) Heeckeren, 365 (22 de noviembre de 1747). En el mismo escrito comunicaba el Papa al cardenal Tencin que Coltroini había sido designado para agente prusiano en Roma y que como tal se había legitimado.

(4) Cf. Theiner, I, 291 ss. Benedicto XIV elogia a Tencin la conducta y proceder de Bastiani; v. Heeckeren, I, 377.

(5) Heeckeren, I, 368 (29 de noviembre de 1747).

(6) Ibid., 369 (6 de diciembre de 1747); *Albani a Uhlfeld el 16 de diciembre de 1747, *Archivo nacional de Viena*; Theiner, I, 315-322; Müting, 12. Cuán poco mejoró, a pesar de todo, más tarde el género de vida de Schaffgotsch siendo ya obispo lo da a entender Fechner en la *Zeitschrift für preus. Gesch.* XX (1883), 120 ss. Schaffgotsch escribía al Papa que vivía como un eremita, pero que con todo, por su conducta y sus deudas daba pie a serios conflictos; v. Stettiner, 25 s. Tampoco Benedicto daba crédito a los rumores sobre la conversión de Schaffgotsch, v. Heeckeren, I, 275.

(7) Lehmann, III, n. 119, 120, 134.

nido de este documento a todos los cardenales a la sazón presentes en Roma y les informó de las negociaciones con Bastiani y Coltroini. Los cardenales, en total dieciséis, fueron de unánime parecer que había que admitir un efectivo cambio favorable en Schaffgotsch y no se le podía negar por más tiempo el reconocimiento. El 5 de marzo de 1748 preconizaba el Papa al príncipe Schaffgotsch obispo de Breslau sin hacer mención alguna del nombramiento real (1).

Por fin había logrado, pues, Federico, su tan apetecido y suspirado objetivo. En ello no vió él más que un éxito de su intervención. De qué modo se imaginaba sus relaciones con el nuevo obispo se desprende claramente de su escrito del 28 de marzo de 1748, en el cual felicita a Schaffgotsch por su nueva dignidad. «Doy por cierto, le decía, que nunca habré de recordaros que me debéis a mí el triunfo»; además, nunca se daría acceso al cabildo a personas que sintieran poco celo por el real servicio (2).

La prelatura de la Arena junto a Breslau la podía seguir disfrutando el obispo Schaffgotsch (3). La pavorría de la Santa Cruz, junto con el canonicato de Breslau, pretendía él concedérsela a su hermano, pero Federico quería también obligar a Bastiani para el porvenir, y en consecuencia le hizo donación de ambos beneficios (4). Schaffgotsch tenía el propósito de desentenderse lo antes posible de Bastiani, pues sus pretensiones no conocían límite (5) y le mandó regresar. Esto no fué del agrado de Federico, el cual censuró la conducta del obispo mediante una carta del gabinete, fechada el 2 de abril de 1748. A Münchow le expresó que Schaffgotsch no podía saber en absoluto si él «había encargado a Bastiani uno o varios servicios accesorios» (6).

Es curioso que las relaciones de Schaffgotsch con el rey

(1) Extensa reseña del suceso en Theiner, I, 328-351. Cf. Stettiner, 14; *Albani a Colloredo el 24 de febrero y 9 de marzo de 1748. *Archivo nacional de Viena*.

(2) Lehmann, III, n. 162; Theiner, I, 354 ss. Docum., n. 26.

(3) Lehmann, III, n. 151.

(4) Lehmann, III, n. 161, 163, 168; Müting, 15 ss. El Papa rehusó largo tiempo las prebendas a Bastiani. Cf. Lehmann, III, n. 193-195.

(5) Lehmann, III, n. 165. Los gastos de Bastiani en Roma ascendían sin impuestos a más de siete mil táleros.

(6) Lehmann, III, n. 167. La tirantez entre Schaffgotsch y Bastiani se acrecentó, hasta que finalmente en 1754 terminaron en un litigio, al cual siguieron no pocas disposiciones; v. más adelante, pág. 485 s.

hubieran sufrido un cambio tan rápido. Como antes desbancara él con sus intrigas a Sinzendorf del favor de Federico, de esa misma manera se veía ahora vencido por el astuto veneciano. Como la cuestión del obispado de Breslau hubiese sido solucionada con gran celeridad, gracias a la actuación de Bastiani, le confió el rey de Prusia misiones secretas que eran ignoradas de Schaffgotsch. Por medio de Bastiani y Coltrolini se realizaban ahora por primera vez, desde los días de la escisión religiosa, negociaciones directas entre la Santa Sede y Prusia.

Coltrolini, en primera línea agente del Palatinado en Roma, se había dado cuenta de que tanto los clérigos como los laicos de Silesia acudían a Roma con quejas sobre la situación religiosa de su país. Él se ofreció a poner al gobierno de Prusia en conocimiento de todos estos acontecimientos y fué nombrado además agente de negocios prusianos en Roma. No obstante una legitimación del 27 de agosto de 1747 (1), no consideraba Federico como oficial el cargo de Coltrolini. En cambio había propuesto Federico al Papa la erección de una nunciatura en Berlín; pero Benedicto no accedió a ello porque ya le tachaban en Viena de afecto de Prusia, y un paso de esta índole hubiera producido excesiva sensación (2).

El principal confidente de Federico era Bastiani. Éste había de obtener del Papa el desmembramiento del condado de Glatz del obispado de Praga, así como para el rey el derecho de nombramiento para todos los beneficios de Silesia, y por cierto como reconocimiento a sus méritos contraídos en servicio de la Iglesia católica. El rey recomendó a Bastiani discreción y mesura en la táctica (3).

En esto declaró el secretario de Estado, Valenti, que el deseo del rey estaba en pugna con las normas del derecho canónico, mayormente siendo Federico un príncipe protestante. Benedicto no estaba dispuesto a ceder en esta ocasión: por lo cual aconsejó Bastiani al rey que tantease el camino de las amenazas y participase al nuncio de Viena que cualquier otro monarca hubiera secu-

(1) Lehmann, II, n. 810, 816, 822, 829, 849.

(2) Hildebrandt, *Verkehr zwischen dem päpstlichen und preussischen Hofe, in den Quellen und Forschungen des preuss. Hist. Instituts zu Rom*, XV (1912), 377.

(3) Lehmann, III, n. 132; *Albani a Colloredo el 24 de agosto de 1748. *Archivo nacional de Viena*.

larizado mucho antes los bienes de la Iglesia de no haberse accedido a sus reales deseos. Con el fin de dar vigor y énfasis a sus aspiraciones presentó un extenso memorial al Papa sobre el real derecho de nombramiento basado en razones de patronato y señoría inmediato y además proporcional a las relaciones francesas. Mas Benedicto no pudo reconocer las pruebas como concluyentes (1).

Al mismo tiempo circularon rumores por Roma de que Federico II pensaba convertirse a la Iglesia católica. Bastiani informaba al rey el 11 de mayo de 1748 de que el nuncio de Polonia, Archinto, había transmitido la noticia a Roma. El Papa tocó el tema en una audiencia habida con Bastiani, al preguntarle si no había nuevas noticias acerca de la conversión del rey; pero Bastiani no pudo darle informe alguno sobre el asunto (2).

Persuadido Federico de que nada podía lograr Bastiani, el 30 de julio de 1748 le mandó regresar (3). Su proceder impetuoso le había hecho perder todas las simpatías en Roma.

Con todo parece que hay que apuntar un éxito a la misión de Bastiani: Benedicto se mostraba ahora más propenso a conceder a Federico el título de rey de Prusia. El Papa era, en efecto, el único que le llamaba escuetamente «margrave de Brandeburgo». De ello se había molestado ya frecuentemente Federico. Cuando la alocución pontificia referente a la elección imperial fué impresa, la cual hablaba del «Marchio Brandenburgensis», encargó Federico a su embajador en la corte imperial que expre-

(1) Lehmann, III, n. 171, 176, 193, 196.

(2) Ibid., 196, 217. *Cresce l'opinione e la voce comune che il Re di Prussia abbia determinato di farsi cattolico e che per tanto vada trattando di poter esser eletto Re di Polonia in caso di mancanza del presente regnante (Ant. Pennachi a Uhlfeld el 1.º de junio de 1748, *Archivo nacional de Viena*). *In fatti però è ve ch'il Re di Prussia ha mostrato di voler trattare l'affare della sua conversione per convenzioni, che si maravigliano qui tutti, come un uomo stimato, dotto e di spirito l'avesse pensate, come sarebbe quella di non voler confessare i suoi peccati e simili pretensioni, che se non avessero dell'empietà, sarebbero ridicole... Ma le lettere del confessore del Re di Francia portavano ch'egli era seriamente risoluto (el mismo el 15 de junio de 1748, *ibid.*). Cinco años más tarde quiso trasladarse el cardenal Quirini a Berlín con la pretensión de convertir a Federico II. El Papa no le permitió el viaje, porque los cardenales no encontraron compaginable con su honor exponer la dignidad cardenalicia a las burlas de Federico (cf. anteriormente pág. 189). Hildebrandt., loco cit., 378.

(3) Lehmann, III, n. 229.

sase al nuncio la extrañeza que ello le causaba. El embajador Klinggräffen respondía el 28 de julio de 1742 que el nuncio, al recibir la noticia, no había respondido más que con evasivas, sin llegar a respuesta alguna directa (1). Por ello ordenó también Federico a su representante en la Dieta de Francfort que presentase sus quejas a aquel nuncio por la reticencia del título de rey por parte del Papa, quejas que iban acompañadas de estas palabras conminatorias: «semejantes inconveniencias no hacen más que agriar, sin hacer nada al caso, y podían fácilmente costar caras a la corte de Roma». A ulteriores reclamaciones del embajador prusiano en la corte imperial supo el nuncio desentenderse discretamente de la espinosa situación declarando que el Papa no había hecho más que atenerse a la usual etiqueta: los soberanos de Prusia no se habían preocupado de la sede pontificia a partir de la escisión religiosa y nunca le habían comunicado la adopción del título de rey, de suerte que el Papa, apoyado en las ceremonias protocolarias, no le podía dar otro título que el usado antes de la separación de la Iglesia. Mas dado caso que Federico II tenía interés de ser honrado con el título de rey incluso por el Papa, deseaba ardientemente Benedicto XIV arreglar el asunto de manera satisfactoria (2). A un formal reconocimiento no se podía resolver el Papa por el momento; mas para evitar el enojoso título de «margrave de Brandeburgo» se servía él en la correspondencia con Sinzendorf de la expresión «soberano» de Prusia y Silesia (3). Hasta 1748 no cambió algo la situación. En el breve del 5 de marzo, por el cual era nombrado Schaffgotsch obispo de Breslau, hablaba el Papa de la «real persona» de Federico II y amonestaba al nuevo obispo a que hiciese por el soberano aquellas oraciones que prescribe la Iglesia que se hagan por los reyes. Bastiani no olvidó hacer notar el hecho a Federico, el cual encontró el documento pontificio maravilloso (4). Benedicto dió todavía un paso más: notificó a Bastiani que en los documentos dirigidos a Schaffgotsch y al nuncio de Polonia había llamado a Federico sin el menor reparo «gran monarca» y hasta «rey» (5); y se

(1) Ibid., II, n. 157, 169.

(2) Ibid., n. 170, 176, 194.

(3) Muchos documentos en Theiner.

(4) Theiner, II, Docum., n. 73; Lehmann, III, n. 154, 162.

(5) Ibid., n. 196.

lamentaba de que la postura adoptada por anteriores Papas respecto al particular le pusiera trabas, tanto más ingratas para él cuanto mayor era el respeto que abrigaba para con el monarca que regía los destinos de Prusia (1).

La actitud condescendiente adoptada por el Papa en el caso del título tenía por cierto como causa capital el impulso dado por Federico II a la construcción de la iglesia de Santa Hedvigia de Berlín. Como Federico tenía especial interés en guardar las apariencias de gran tolerante, había manifestado a Sinzendorf, ya el 12 de marzo de 1743, que la capilla católica existente en Berlín era excesivamente pobre y no podía bastar ya para las necesidades. Expresó que de buena gana concedía el permiso para levantar un nuevo edificio, aunque, muy a su pesar, no podía subvenir los gastos personalmente debido a la apurada situación económica por que atravesaba. El rey invitó a Sinzendorf a que excogitase medios y procedimientos para hacer posible la realización del proyecto con limosnas (2). Mas como mientras no se concertase una paz general no había que esperar en aportaciones considerables por parte de los católicos del extranjero, se paralizó el asunto hasta el año 1746, fecha en que los católicos berlineses solicitaron de Federico II les autorizase para comenzar el nuevo edificio con propios medios, lo cual él les otorgó por la patente del 22 de noviembre de 1746. Estaban facultados para dar al templo las dimensiones que creyeran convenientes y adornarlo con una o varias torres. En prueba de singular gracia, cedió Federico a los católicos un solar adecuado para el edificio. Además concedió amplias facultades al carmelita Eugenio Mecenati, natural de Mantua, para coleccionar recursos para la construcción de los católicos en todo el territorio prusiano. Expresamente declaró el rey que la iglesia no podría nunca ser despojada de su finalidad (3).

El manifiesto del 22 de noviembre de 1746 fué celebrado por los católicos de toda Alemania como una relevante hazaña del rey. Con frases pletóricas de entusiasmo pintó Sinzendorf al Papa la magnanimidad de Federico, el cual estaba dispuesto a

(1) Theiner, II, 24; carta de Benedicto XIV del 11 de mayo de 1748, *ibid.*, 309. Cf. Stettiner, 16.

(2) Lehmann, II, n. 288; Otm. Hegemann, Friedrich, d. Gr. und die kath. Kirche 34. *Hist.-pol. Blätter*, XI, 449.

(3) Lehmann, II, n. 293, 772; Novaes, XIV, 120 s. Cf. *Albani a Uhlfeld el 16 de diciembre de 1747, *Archivo nacional de Viena*.

sufragar por su cuenta una parte de los materiales de construcción. El cardenal hizo presente a Benedicto el deseo del rey de que el Papa se dignara estimular a los arzobispos y obispos del orbe a que contribuyesen espontáneamente a la edificación de la iglesia (1). Cuanto mayor era la satisfacción del Papa por la generosidad de Federico II, tanto mayor era también la preocupación que le inspiraba el que se hubiera confiado la parte económica de la empresa a Mecenati, pues por sus imposturas gozaba éste de pésima fama en la mayor parte de los países. Tras varios dares y tomares dió muestras Federico de prescindir de tal persona, y en éstas le alcanzó la muerte a Mecenati el mes de octubre de 1747 (2). Entonces ya no dudó un momento Benedicto en impulsar con toda energía la construcción de la iglesia de Berlín. El 20 de noviembre de 1747 celebró un consistorio en el cual tributó un entusiasta elogio a Federico II por sus bondades, y animó a los cardenales a que contribuyesen a aquella obra en extremo necesaria. El Papa precedió con el ejemplo dando una suma de mil doblones de oro. Aquel mismo día expidió una encíclica a todo el episcopado exhortando a todos los católicos a que contribuyeran con generosas aportaciones (3).

Los católicos de Berlín tenían grandes esperanzas en el rey de Portugal, el cual, tratándose de asuntos religiosos, daba gusto a manos llenas, y le rogaron en consecuencia, por mediación del rey inglés, que se dignara aceptar el protectorado sobre la nueva iglesia. Federico estaba conforme en ello y el Papa recomendó también la demanda. El rey de Portugal, en carta contestación del 11 de enero de 1748, rehusó el honor por hallarse demasiado lejos de Berlín para prestar auxilio con celeridad en casos necesarios, pero remitió al Papa una suma crecida para la fábrica de la iglesia. El ejemplo del rey fué imitado por los dos cardenales portugueses Saldanha y Da Cunha (4). Como especial favorecedor y bienhechor del templo en construcción se mostró también el cardenal Quirini (5); a sus expensas fué cons-

(1) Theiner, I, 278 ss.

(2) Ibid., 280 ss.; Heeckeren, I, 299; Lehmann, II, n. 795.

(3) Lehmann, III, n. 77; Heeckeren, I, 365; Theiner, Docum., n. 66. Cf. *Albani a Uhlfeld el 18 de noviembre y 2 de diciembre de 1747, loco cit.

(4) Theiner, I, 285; sumas algo diferentes en Lehmann, III, n. 143.

(5) Hegemann, 36; Lehmann, III, 423-427. Benedicto XIV agradeció al cardenal en su carta del 4 de septiembre de 1748, el apoyo prestado a la

truído el portal rematado por un frontón hermozeado con seis columnas jónicas.

A mediados de enero de 1748 había reunido ya el Papa la considerable suma de 10500 escudos, aun cuando la colecta no se había cerrado todavía. También el emperador prometió una cantidad. Visiblemente desilusionado quedó el Papa de la respuesta del cardenal Tencin, la cual le robó todas las esperanzas en el apoyo de Francia (1). El resultado final de la colecta del Papa en Roma fué el que pudiera remitir a Berlín más de 27000 escudos por conducto de un Banco romano (2). Disgustaba a Benedicto que se hubiera emprendido la fábrica con excesiva suntuosidad (3), pues temía que no se reuniría capital suficiente para darle cima. Andando el tiempo se hubo de recurrir a una lotería cuyo importe líquido se destinaba a la construcción del templo (4).

La favorable impresión, que el ánimo conciliador de Federico II para con los católicos berlineses había producido en el Papa, fué borrada por la conducta del mismo en Silesia. Los católicos de aquel país estaban agobiados con impuestos y contribuciones en tal forma que muchos pensaban en emigrar; los monasterios daban la sensación de estar destinados a una lenta con-

iglesia de Berlín, che fra le sovvenzioni mandate di qui e per le Nostre incessanti premure dalla Spagna a quest'ora avrà avuto 50000 scudi. Noi battiamo in Francia ed in Polonia, e se otterremo, erit oleum de saxo durissimo; ci dispiace che l'idea presa dai presidenti alla fabrica è stata troppo sublime (Fresco, Lettere, XIX, 183). Quirini publicó su abundante correspondencia epistolar con Federico II; v. Hegemann, 36.

(1) Heeckeren, I, 379.

(2) Theiner, I, 286.

(3) Cf. la nota 5 de la página 480.

(4) Lehmann, III, n. 244; Hegemann, 36. Merenda, *Memorie, f. 78: Per altro il Re di Prussia si portava con molta moderazione a riguardo dei cattolici suoi sudditi, ai quali in questo tempo aveva permesso di fabricare una magnifica chiesa a Berlino. Il Re aveva donato il sito e molti materiali. Per il resto fu fatta una colletta generale per tutti li paesi cattolici. Il Papa diede parte al s. Collegio di questa buona opera con una bella allocuzione, in cui parlava con lode molto del Re di Prussia, animando ogn'uno a contribuirvi e depositare il denaro nel banco Belloni. Il Papa diede grossa somma e li cardinali ancora chi più che meno, e così la prelatura et altri (*Biblioteca Angelica de Roma*). Federico permitió la lotería con la condición de que la mayor parte de los billetes se vendieran en el extranjero y de que se presentara el plan de la lotería para el dictamen. Cf. Lehmann, III, n. 491-492. De 1755 a 1766 se paralizaron las obras de la iglesia, la cual finalmente fué consagrada el 1.º de noviembre de 1773. Cf. Hegemann, 37 ss.; Hist.-pol. Blätter, XI, 449.

sunción. Benedicto exhortó a Schaffgotsch a que recabase del rey aligeramientos; pero Schaffgotsch no se atrevió a ello por entonces para no despertar en Federico ni la más mínima sospecha de ingratitud (1). Y por cierto que Benedicto estaba plenamente informado de la situación de Silesia precisamente por un memorial de Schaffgotsch, que le había transmitido el nuncio de Polonia, Archinto (2).

Además de la situación tributaria verdaderamente abrumadora, según dicho memorial informaba, amenazaban allí otras calamidades todavía al catolicismo. Así, por ejemplo, por un edicto del gobierno prusiano se hacía depender el ingreso en el estado eclesiástico del permiso de las autoridades, el cual no sería concedido a candidato alguno que no contase ya veinticuatro años de edad, no fuera apto para el servicio de la Iglesia y no contase con propios recursos (3). Además, el Banco de la ciudad de Breslau se negaba a pagar a los clérigos los intereses del capital impuesto, arbitrariedad que dificultó la situación de los clérigos de tal suerte que era inminente la carencia de sacerdotes, mayormente al obstinarse el gobierno prusiano en alejar de los cargos eclesiásticos a los extranjeros.

Como por otra parte el plan del vicariato general quedó sin realizar, y todos los asuntos jurídicos habían de ser resueltos dentro del territorio, carecían los católicos en absoluto de un tribunal de apelación, si no querían recurrir a los tribunales civiles (4). Como este último extremo se presentara no pocas veces, hizo Benedicto proposiciones de arreglo, las cuales fueron transmitidas por Schaffgotsch a Federico. Este declaró que era imposible toda rebaja en las contribuciones, en cambio estaba dispuesto a hacer concesiones en los otros puntos; y así dió su conformidad a que, para hacerse cargo de las apelaciones, fueran designados los eclesiásticos que para este objeto comisionara el nuncio competente. También convino en que se fijara en veintidós años, conforme al tridentino, la edad requerida para recibir las órdenes mayores (5).

(1) Heeckeren, I, 400 s.; Müting, 23 ss.; Pigge, 244 ss.

(2) Sobre este memorial de Schaffgotsch v. Theiner, II, 44 ss.; Zeitschrift für preuss. Gesch., XX (1883), 126 ss.

(3) Müting, 28 ss.; Pigge, 266 ss.

(4) Müting, 26 s.

(5) Lehmann, III, n. 176, 197, 180; Theiner, II, 9 ss.

La inesperada aquiescencia de Federico estaba en parte motivada por la necesidad que él tenía de la aprobación pontificia para la solución de otros asuntos que le interesaban. El quería que todo el clero regular de Silesia fuera sometido a la jurisdicción del obispo de Breslau (1). Pero Benedicto, para quien eran claros los designios que el gobierno prusiano abrigaba sobre una Iglesia nacional, manifestó que no podía satisfacer los deseos de Federico sin enemistarse con el clero regular de todo el orbe. Pero que, en cambio, estaba conforme en otorgar al obispo de Breslau el derecho de inspección sobre los monasterios de Silesia (2). Federico dióse por satisfecho con esta solución.

El 1.º de agosto de 1748 confirmó el Papa al nuncio Archinto las facultades necesarias para la erección del tribunal de apelación en Silesia. Este acuerdo con la Santa Sede lo notificó Federico a las autoridades de Silesia por el edicto de 6 de octubre de 1748 (3); a este fin había autorizado Benedicto para que los candidatos al estado religioso fueran sometidos a un examen según el sentir de la legislación civil y además había hecho concesiones en la colación real de las prebendas.

Todo daba a entender que, con mutua satisfacción, se había solucionado ya el cúmulo de dificultades que entre la Iglesia y el Estado había prevaecido en Silesia. Federico obsequió al Papa con una preciosa caja de marfil, que contenía varios libros raros. Benedicto recibió esta atención con singular regocijo y comisionó a Schaffgotsch para que expresara su gratitud al soberano (4). Esto sirvió también al obispo de Breslau para mejorar sus relaciones con Federico; con ocasión de una estancia en Berlín fué realmente abrumado por la «gentileza» del rey. Empero esta grata armonía entre la Iglesia y el Estado no fué duradera en Silesia, pues muy pronto volvió a presentarse Federico al Papa con sus antiguas exigencias políticoeclesiásticas, las cuales demostraban claramente que no había dado de mano, ni mucho menos, a sus antiguas intenciones sobre el supremo episcopado y la centralización jerárquica de Silesia.

(1) Lehmann, III, n. 180. Cf. Pigge, 240 ss.; Heeckeren, I, 487.

(2) Theiner, II, 18 ss.; Lehmann, III, n. 205; Heeckeren, I, 488.

(3) Theiner, II, 34 s.; Lehmann, III, n. 230-251. El 22 de diciembre de 1755, fué extendido este edicto incluso a la nobleza, la cual hasta el presente estaba libre. Lehmann, III, n. 717-718.

(4) Theiner, II, 47; Lehmann, III, n. 825.